

HAYDEE FRANZINI

"...y sucedió en el Conlara"

Mi nombre es Haydeé Franzini; antes no me gustaba, lo sentía importado. Ahora me gusta, me define, soy yo, lo siento argentino.

Lo principal para mí fue el amor. Ahora sigue siendo el amor, pero de otra forma.

Tengo familia chica y grande. Mi familia chica la componen, mi madre, mi padre, mi hermano, su mujer y sus dos hijos. Como no tengo hijos, Martín y Enrique, son un poco hijos míos.

Mi madre es un ser perfecta, fuerte en la debilidad más esquisita.

Mi padre es menos perfecto pero ama más la perfección. Tengo muchos amigos; aunque amigos solo pocos.

Hay quienes me quieren por costumbre, otros me quieren por lo que soy.

De chica no pensaba más que en jugar. A los catorce años, quise ser escritora.

A los veinte tuve miedo de escribir. A los treinta, vencí el miedo y escribí mi primer libro de cuentos: "...y sucedió en el Conlara".

"...y sucedió en el Conlara"

Haydée Franzini

HAYDEE FRANZINI

**"...y sucedió
en el Conlara"**

EDICIONES DIAGRAMA

Buenos Aires 1969

TAPA: Vista general del valle desde la Pichica
Foto del Ing. Jorge Dunzelmann (1962)

Prólogo

Los libros, como las personas, tienen también su cédula de identidad. Por eso no es exagerado afirmar que "...y sucedió en el Conlara" nació en Buenos Aires, en 1969. Claro que para decir la verdad, el libro de Haydée Franzini vio la luz mucho antes, cuando ella visitó por primera vez el valle del Conlara y se emocionó con la luz celeste llena de tiempo, de esa zona de San Luis.

Los libros, como las personas, poseen también señas particulares que, en el tomo que nos ocupa, son más bien invisibles. Invisible es, pero no identificable, la ardorosa emoción con que la autora fue señalando paisajes y temas para encerrarlos en un cuento, que fuera más que una fantasía y menos que un testimonio. Con leyenda, sucedidas e imaginaciones, Haydée Franzini tomó la delantera en el valle y recordó hechos de la hora de la siesta

o silencios que el viento cose cuando el valle se despuebla, en el invierno. Con su cuaderno de notas, con el lápiz que aportan el amor y el recuerdo, surgieron estas rapsodias unidas entre sí por el tema del Conlara y vinculadas a la vida de Haydée Franzini porque de su gesto de cariño veraniego ella quería extraer su material. Haydée Franzini hizo así un libro, jugoso como un fruto, con aves de cejas somnolientas y plantaciones tiernas de la zona. Lo que dice Haydée Franzini participa de la naturaleza de los sueños y de los olvidos, esas vagas reminiscencias que la gente implanta en su corazón y luego reserva para su equilibrio cuando la calle los invita a quedarse con ella.

Haydée Franzini, como su libro, también tiene una cédula de identidad. Pero los escritores son criaturas ubicuas, resignadas y solas: de ella baste decir que nació en Buenos Aires, ama San Luis y acaso pronto redacte temas que entremezclen Rosario con Sebastopol, Villa Maza con Honduras, en ese mapa impreciso de la nostalgia que siente todo escritor cuando revisa un globo terráqueo. Con todo esto, hemos dicho que nos encontramos junto a una escritora: no busca fórmulas exitosas ni claves o connotaciones esotéricas.

Haydée Franzini se entrega al gusto de narrar, como una juglaresa conmovedora que oyó mucho, olvidó más y confunde el resto. Por ello, ha sido para mi cautivante recorrer el Conlara, que es decir la Patria, que es decir la vida, que es decir todo. Un viaje de otra índole ha de ser sin duda que Haydée Franzini me acepte en su periplo.

INÉS MALINOW

A mamá por que sí

A papá por que nó

La Cinta Perdida

HOLA Ana, como están?—

—¡Ah!, qué tal, bien gracias, ¿y ustedes?—

—Bien, supe que José Luis ya llegó de su gira.

¿Podés darme con él?—

—Ya te lo llamo, hasta prontito.—

—Hola chiquilla, ¿qué me dices de bueno?—

La voz de José Luis me llegó en un torrente de palabras como siempre.

—Aquí andamos Lucho, contame como te ha ido, supongo que habrás hecho saltar la banca.—

—Tanto como hacerla saltar, no, pero la rula me trató bastante bien. Merlo es fabuloso, che, francamente no me lo imaginaba así.—

—¿Recorriste la zona?—

—Sí, hice un recorrido por la cadena de pueblos que están al pie de la sierra. Por tus pagos, como vos decís. Lo que no encontré fue la casa.—

—¿Cómo que no la encontraste?—

—No, entré en varias quebradas, como me dijiste, pero en ninguna de ellas la localicé.—

—Pero yo te señalé bien el pueblo, luego el cruce de los caminos y al final del que sube, la casa.—

—Sí, pasé el pueblito y llegué al cruce, subí, pero al terminar el camino no encontré la casa de la fotografía que me enseñaste, sino una casita sencilla, mas bien chica y con una gran galería al frente. Además querida, no podía ser tu casa, estaba abierta y había ocho chicos que formaban una ronda.—

Es invierno, pensé. Y en invierno la casa, la Villa y el Valle entero se sumergen en una bruma de sueño.

La casa vive el verano. Sacuden las baldosas su adormecimiento de meses y se ponen a brillar en simétricas figuras de colores. Se desesperan sus maderas en puertas y ventanas que se abren y hasta el gran piso de parquet del comedor, se queja, en crujidos leves, de nuestra ausencia prolongada. La casa recobra su pulso en el rítmico lenguaje del reloj. Se viste con crochet y cortinas hechas en tela. Y se engalana con muebles pulcros despro-

vistos de fundas e insecticidas. Se habita de voces, risas, llanto. Gente. Chicos que corren en sus pa-sillos y mayores pensativos que la inundan de re-cuerdos y cuidados. La casa despierta con aroma a jazmín y permanece viva hasta mediados de marzo.

Pero es invierno y ella está callada y sola. Blanca por dentro con manchones de mata-cualquier-cosa y muebles enfundados.

El reloj se ha ido deteniendo poco a poco hasta enmudecer. Ahora el silencio es total.

El enorme comedor presidido por el retrato de los dos abuelos se dispone a dormir. A un costado, sobre el sofá de la salita, un gran cuadro con ocho criaturas parece contemplar la loma a través de la pared indiferente y la ventana bien cerrada.

Tal vez fue el perfume de la noche que al filtrarse, vaya a saber uno por dónde, llegó a la niña de la cinta azul. O quizás fue algún grillo que, encerrado en la casa, con su canto hizo retroceder al tiempo. Porque comenzaron a moverse los chiquillos con un murmullo de sedas y almidones, hasta que todos fueron desprendiéndose del cuadro.

La primera fue la niña de cabello largo. Estiró su cuerpito cansado de tanta inquietud y, tomando en sus brazos a la pequeña, comenzó a bajar. Luego lo abandonaron los varones que, uno a uno, en un atropellado afán de movimiento, irrumpieron en el comedor colmándolo de voces y de gritos. La casa toda pareció temblar y, en apretado retroceso, fue reduciendo su tamaño hasta terminar allí donde comenzaba el pasillo.

Desaparecieron las paredes del comedor trasladándose cada ladrillo a su lugar de origen. Se echó

a volar el techo en raudo vuelo de tejas, hasta el barro de donde provinieron. Y la madera del parquet y de las vigas, corrió a refugiarse en su raíz de antaño. Se esfumaron los muebles enfundados hasta otro tiempo aún inexistente. Y abandonaron el marco las figuras que presidían la casa.

Mi abuela, con su habitual dulzura, acarició la frente del pequeño y con un coqueto movimiento se acomodó una peineta. Mi abuelo, mientras caminaba por la casa que acababa de achicarse, pensó en la necesidad de ampliarla. La galería se convertiría en pasillo y al frente, un gran comedor tendría piso de parquet.

Los niños cantaban sus rondas y volvió a ser verano en un tiempo hace cincuenta años ya vividos.

—Escuchá José Luis, y pensá bien. ¿Cómo eran los chicos? No recordás nada en especial?—

—Mirá, eran ocho, seis varones y dos chicas. La mayor tenía pelo largo atado con una cinta azul que se le iba cayendo.—

Terminé mi conversación con José Luis. Y supe que al volver en mi verano la casa habrá vuelto a crecer en tamaño y tiempo, pero sé que en el trato, la niña ya no tendrá en el pelo la cinta azul.

La vez que Victorio Almada bajó de la Cumbre

ME avisó que lo habían localizado y de inmediato me dirigí hacia el lugar.

—Mire Don, nunca pensé que después de veinte años de búsqueda lograría encontrarlo aquí— Me dice Ramón Gauna mientras su mula baja junto a la mía la empinada cuesta.

Un sol tristón se oculta perforando la oscuridad con sus últimos rayos. Un poco más adelante Almada cabalga dando tumbos.

—Todo empezó por el veinte, sabe, siendo yo casi un muchacho me mandaron a Mendoza donde me

tocó intervenir un poco de refilón en el asunto.—
Los verdes se me hacen menos verdes y la senda se vuelve más apretada a fuerza de no ver. La oración pinta con sangre el cielo y ya algunos comienzan a encender sus antorchas, hechas con ramas de tabaquillo untadas con cebo, o simples maderas envueltas con trapos impregnados con kerosén.

—Se trataba de un militar y la cosa había sido un tanto turbia, así que tuvimos que andar con cautela.—

Mudo el cortejo prosigue su marcha. Sólo escucho la voz de Gauna que me llega como a tropezones y el ruido seco que las mulas hacen al pisar las piedras. No puedo apartar mis ojos de Almada que tieso, va proyectando sombras sobre el camino a la luz rojiza de las antorchas.

—Resulta que el hombre había andado entreverado con una hembra que, no sólo le hizo abandonar mujer e hijo para después dejarlo en la miseria, sino que hasta consiguió hacerle perder la carrera, después de una serie de escándalos en los que por ella se vio comprometido.—

El brazo derecho se ha ido soltando, cuelga, se hamaca al compás del tranco del animal tal vez como queriendo alcanzar con la mano algún yuyo de donde amarrarse.

—A pesar de todo, y porque según dicen la mujer tenía sus cosas, el hombre siguió enredado. Comenzó a dar vueltas de un lado pa'otro sin un conchabo fijo hasta que ocurrió la desgracia.—

Su cabeza se me ocurre una pelota de ping pong que rebota a cada momento sobre el anca de la mula. ¡Pobre viejo! Va a llegar con el cráneo deshecho, total, ¡para lo que a él puede importarle!

No veo los ojos pero los sé vacíos y ciegos clavados en el cielo que parece oprimirnos con su negrura. No hay estrellas esta noche; ¡increíble en el cielo de San Luis!

—Dicen que al volver una noche, después de haber andado unos días por ahí tratando de conseguir algunos pesos, la encontró prendida a uno que andaba tallando en aquel entonces. Usted sabe que el Almada no era hombre de achicarse y ahí no más se trenzó con el otro.—

No sé porqué pienso en la boca, siempre recuerdo su boca de labios finos y dientes perfectos y no puedo imaginar que sea la misma de ahora. Oscura y quebrada por ese rictus de dolor.

—A la semana encontraron el cadáver más allá de Plumerillos, y como usted se imaginará las sospechas cayeron sobre Almada. El hombre había tenido otros encontronazos con la policía y con esto último estaba perdido. Además el muerto había sido de influencia y tenía muchos amigos que querían vengarlo.—

Recuerdo también su figura erguida, enorme entonces para mí, y se me hace imposible pensarlo como es hoy, raquítico y carcomido por la miseria. La senda se hace un poco más ancha y Gauna se me pone al lado murmurando casi como en secreto.

—Dicen que la mujer se fue a Chile y se pensó que Almada había tomado el mismo rumbo. Pero a mí me quedó siempre el entripado, así que cuando me enteré que podía andar por la zona, me largué nomás. Anduve meses averiguando hasta que le oí al Ermenegildo Andrade que había llegado por el almacén una mujer de la cumbre ofreciendo li-

bro y algunas cosas de la milicia para vender. No sé por qué tuve una corazonada y esperé a que la mujer volviera.—

Almada se ha detenido sorpresivamente y estoy casi sobre él. Lo han atado boca arriba en una tabla sobre el lomo de la mula. Dos cabezas de vaca, una en la cruz y otra en el anca del animal, sirven de soporte a la madera que va calzada en sus extremos dentro del espacio que sobre ellas forman los cuernos.

—A los pocos días se apareció nuevamente la mujer ofertando, además de unos quesillos de cabra y dos damajuanas de arrope de tuna, un cinto de cuero como los que tienen los milicos pa' colgar la espada y tres o cuatro libros con dibujos de cañones y otras armas. Le di conversación y así supe que allá arriba vivía, desde hacía años, un hombre venido de Mendoza. Había subido a la cumbre para no bajar nunca más, según él mismo decía. Supe también que se había juntado con una cumbreja con la que tenía varios hijos, que tenía algunos animales y así había vivido hasta que el vino y la enfermedad lo entraron a doblegar. Fue así como tuvo que vender algunas cosas para poder seguir viviendo. Al día siguiente conchabé un baqueano y me largue pa' la cumbre seguro de encontrar al Almada.—

La senda se ha convertido en camino y a la luz de las antorchas se hace más fácil ver. Es nutrido el grupo, antes no me era posible ver más que a unos pocos. Un choco nos ladra al pasar por una puerta y algunos curiosos salen de las casas para vernos.

—El camino se me hizo bravo, sabe. Porque nunca

había trepado tan alto, pero después de varias horas llegamos. Aquello es increíble, bueno usted ya lo ha visto. A mí se me hacía que la sierra iba a terminar en punta y muchas veces en el camino, me pregunté cómo haría esa gente pa' vivir allá y criar animales. Pero al llegar vi esa inmensa llanura más propia de la pampa que de una montaña. Preguntamos a un puestero por el rancho del mendocino y nos señaló el camino pa' lo de Almada.—

Veo la puerta del almacén de Andrade y al propio Andrade salir a nuestro encuentro.

—Llegamos. De afuera se le oía resoplar. El chico nos recibió las mulas y nos dijo que el viejo estaba en las últimas. No entré, sabe don, nunca me ha gustado ver morir a un cristiano. Esperé un buen rato y cuando no se oía nada, entré.—

Gauna desmonta sin dejar de hablar.

—En medio del rancho, sobre el piso de tierra, había un catre en el que Almada acababa de morir, luego llegó usted.—

La habitación no es chica pero me siento asfixiado por el humo de las velas y el olor de los faroles a medio prender. Ermenegildo Andrade me saluda al tiempo que pregunta:

—¿Llegó a tiempo don? le telegrafíé a Mercedes ni bien tuve la seguridad que era él.—

Estrecho la mano de Gauna que al salir dice:

—Gauna, pa' lo que guste— y respondo:

—Victorio Almada, a sus órdenes.—

Alguien atrás mío comenta:

—Es el hijo del que juído de la autoridad subió a las cumbres y bajó derecho pa' el cementerio.—

Metamorfosis

JUAN Cruz había nacido en el Valle. Estaba hecho de tierra y sol y tenía en las manos y el pelo el perfume del viento. Se levantaba con el primer rumorear del día, cuando todavía las sierras recostaban su sombra sobre el verdor del bajo. Después veía crecer desde el horizonte la franja luminosa hasta reventar en una carcajada de luz cuando el sol inundaba el Valle.

Podía entender el croar de las ranas en el estanque y, de rodillas sobre el suelo, le gustaba beber el agua de las vertientes.

Galopaba los caminos siempre hambrientos de lluvia, o se adentraba en las quebradas.

Trepaba los cerros e impregnaba sus carnes de hierbas y frutos. Y en las noches, tendía su cuerpo cara al cielo sobre la gramilla para indagar el misterio de las estrellas.

Conocía palmo a palmo los recodos de las acequias y hasta con los ojos cerrados podía recorrer sus cursos zigzagueantes dentro de cada propiedad. Era "el tomero". Su trabajo consistía en brindar a cada lugareño el número exacto de horas de riego. Algo así como el administrador del agua, pequeño Náyade, requerido por todos.

Pero llegó un mal día en que vino de lejos Florencio Martínez, buscando operarios para su fábrica de latón.

Y allá se fue Juan Cruz, distribuidor de bondades, a desentrañar del cemento sus sueños de prosperidad.

La ciudad lo recibió inflexible, rígida desde sus paredes elevadas y calles desprovistas de follaje. Y el enjambre de hombres lo atrapó vertiginosamente.

Al principio, su aspecto un tanto agreste y su espíritu acostumbrado a la libertad, lo mantuvieron al margen de los otros. Pero, a medida que transcurría el tiempo, fue convirtiéndose en uno más. Y allí iban idénticos dentro de sus idénticos overoles grises, día tras día a la enorme fábrica, donde otros hombres, idénticos a ellos, efectuaban el mismo trabajo, hasta que sonaba una sirena, y los hom-

bres idénticos pasaban a ocupar el lugar que dejaban los otros.

Cierto día Juan comenzó a notar que sus miembros no le respondían.

En vano realizó mil esfuerzos para contener sus manos, que rítmica e ininterrumpidamente se movían al unísono con la maquinaria; hasta que al cabo de algunas horas logró aquietarlas.

Malhumorado y con bastante susto, al día siguiente fue a ver a un doctor.

—Algo raro me pasa —le dijo—. Siento por todo el cuerpo un extraño endurecimiento y adentro de la cabeza un zumbido continuo que no me deja pensar.—

El médico lo revisó minuciosamente y después de recetarle unos comprimidos para los nervios, acotó:

—Usted no tiene nada, mi amigo, un poco de cansancio y nada más. Tómese unos días de vacaciones y váyase al campo.—

Juan pensó en el Valle, pero al día siguiente volvió a su trabajo en la fábrica.

Transcurrieron los días y el malestar fue aumentando su intensidad. Hasta que una tarde, al escuchar la sirena y saber que los idénticos hombres vendrían a reemplazarlos, cuando intentó dar unos pasos, sus piernas no le respondieron, y al querer levantar una mano, el brazo, pesado y torpemente, se dobló como si fuera una palanca. Entonces gritó y de su boca salió un silbido agudo y dos lagrimones de aceite corrieron por su cara de metal.

Dos Mujeres

DOÑA Encarnación se dispone a planchar. Un tábano zumba remarcando el silencio, mientras ella se siente flotar dentro de una soledad que la sofoca. Se había quedado sola desde que sus muchachos abandonaron el rancho. Unos deslumbrados por las promesas de las grandes ciudades. Otros, ante la posibilidad de algún trabajo mejor. Hasta Ramón, que siempre pareció pegado a las polleras

de su madre, se había ido a San Juan ante el ofrecimiento de un prometedor empleo en el aserradero de un pariente del viejo Ortega.

Doña Encarnación parecía tener cincuenta, sesenta, o vaya a saber qué cantidad de años, porque las mujeres de la zona, llegada cierta edad, esconden sus pechos entre los hombros, ensanchan sus caderas y cubren toda su piel con una vestimenta de surcos. Así permanecen para siempre sin perder por ello la fuerza y agilidad de la juventud.

Habían construido el rancho a unos dos kilómetros del pueblo, justo donde comienza el bosque de duraznillos. En la lonja de terreno que compraron al venir de Santa Rosa. Era de adobe, como todos. Sobre las paredes blanqueadas con cal, caían, como graciosos flequillos, fragmentos de paja y jarilla.

La misma Encarnación había ayudado a su marido a construirlo y puso tanto amor en cada centímetro de barro, como el que ponía en acariciar a sus hijos.

Julián, uno de los mejores domadores del lugar, había muerto cuando el menor tenía sólo dos años. Desde entonces, ella se hizo cargo de la familia hasta que sus muchachos se convirtieron en hombres.

Ahora sólo en el verano, cuando llegan los veraneantes, lava alguna ropa en el arroyo. Hoy doña Encarnación está sola, y aunque se acabaron sus preocupaciones de dinero, ya que sus hijos le envían lo necesario para vivir, la buena mujer vive suspirando por la presencia de ellos o la compañía de un nieto para alegrar su vejez. Por eso, mientras permanece de pie, frente al bracero y se

dispone a planchar, canturrea canciones infantiles. Y mientras la bocaza de hierro se traga los carboncitos encendidos, se oye en el aire diáfano del verano:

*Señora Santa Ana
¿por qué llora el niño?
Por una manzana
que se le ha perdido.*

Llovía. El agua dibujaba charcos sobre el piso de tierra. Dorotea, a medio vestir, se asoma al patio. "¡La pucha!" dijo. "Con este tiempo el Enzo capaz que no viene". Giró sobre sus talones y miró el cuarto.

El ropero destartado le devolvió su imagen desde el fondo del espejo.

A un lado, la cama bajo las flores de cretona. Del otro, la pared, tapizada de tapas de revistas, contra la que descansa una silla con asiento de madera. Un cajón forrado con la misma cretona de la colcha hace las veces de mesa de luz y completa el mobiliario.

La muchacha terminó de abotonarse el vestido. Contempló su imagen dentro del mismo, que le va quedando cada vez más ajustado, y el pelo teñido que hace resaltar la negrura de sus ojos sombreados por leves ojeras. Pensó: "Si viene, me voy con él para Buenos Aires".

Hacía varios meses que conocía a Enzo. La primera vez que lo vio fue aquel día en el almacén de Don Ortega, donde había ido en busca de vino

para el viejo. Fue en verano. Recuerda la plaza con sus árboles floridos.

—¿Viste ese? Viene de los Güenos Aires— le había dicho Lucía mientras la codeaba despacio y le indicaba con el rabo del ojo un hombre rubio parado al final del mostrador.

—Es viajante, ¿sabís?, lo mandan de vez en cuando con las representaciones y ¡es como para que dársele una!— agregó la muchacha meneando las caderas.

—Esta noche hay baile en lo de la Gringa Estévez, y a lo mejor, lo invitan— repuso sin dejar de mironear.

Las baldosas del salón brillaban bajo la luz blanquísima de los Sol de Noche. A un costado, varios caballetes servían de sostén a un tablón que hacía las veces de mesa. Contra la pared, una pila de sillas esperaba la concurrencia, mientras la Gringa, corría de un lado para el otro poniendo cada cosa en su lugar.

A ambos lados de la puerta se amontonaban sulky's y caballos y en el interior, junto a la mesa, Dorotea conversaba con Lucía cuando lo vio entrar. Después lo perdió de vista por un momento, sin olvidar los ojos muy azules que se habían clavado en los de ella.

—¿Bailamos? —la voz venía desde su espalda. Y desde ese instante todas las palabras fueron sólo para él.

La noche era fresca pero serena. Recordaba el abrazo de Enzo, la mirada azul y los grillos llenándolo todo. Después vinieron otros días y otras noches. Días de espera y noches interminables. Gritos del viejo y brazos doloridos a fuerza de traba-

jar. Hasta que llegaba Enzo y los días se convertían en cantos y las noches se vestían de amor.

—Después, ese pararse en medio del camino a ver la polvareda que se alejaba junto al Ford del Enzo. Pero dejó de llover aquella tarde de abril y Enzo no vino. Pasaron días, meses. Algunos árboles se cubrieron de oro en la placita del pueblo; otros se desvistieron de hojas y alzaron sus ramas completamente desnudas hacia un cielo cada vez más vacío de sol.

Dorotea se ocultaba en los rincones. Sólo salía del cuarto para trabajar. Después permanecía encerrada, tratando de ocultar, bajo vestidos amplios y trapos ajustados, el hijo del Enzo que día a día crecía en su vientre.

Al principio tuvo miedo cuando lo supo. Pero la esperanza de que él volviera cambiaba su miedo en espera. Pero fueron muchas las mañanas sin respuestas y el miedo se transformó en odio.

Así llegó aquel día en que supo que el momento había llegado.

Es verano. Lentamente Dorotea sube al sulky y al tranco lerdo sale del pueblo. La noche tiene mil ojos en las lucecitas de los tucos y allí, en el monte de duraznos silvestres, al resplandor de las estrellas se dispone a esperar el hijo.

Separan los dientes filosos una vida de otra, y anudan las manos temblorosas el cordón recién cortado. Amanece cuando Dorotea, a paso lento y sin mirar hacia atrás, camina hacia el sulky.

Doña Encarnación se dirige al arroyo con su envoltorio de ropa para lavar.

Al pasar por el montecito de duraznos aguza el oído; un leve gemido sube desde una parva de hojas secas. Su corazón late con violencia, y mientras aprieta contra su pecho el cuerpo húmedo del niño, sube hasta sus labios la canción.

*¿Por qué llora el niño?
Por una manzana
que se le ha perdido.*

Mi Herida

CUIDADO chicos, el general

Era la Negra que llegaba corriendo. La Negra con sus piernas largas y regordetas. Ella siempre con la boca repleta de sonrisas y los ojos muy abiertos como asombrados continuamente de cualquier cosa. La Negra viene a la casa sólo en verano: "cuando llegan los patrones, el trabajo hay de aumentar" dice la Néstora, y manda a llamar a su nieta.

Está en la casa para todo un poco, ayuda en la cocina, ceba mate y cuida a los chicos. Claro que la mayoría de las veces es ella la que les inventa travesuras o les hace de pantalla en sus juegos, como hoy.

Ni bien aclara la veo pasar, al tranco largo, hacia la acequia y volver al rato silbando, con los baldes rebalsando agua que luego filtra y pone en la tina. "Al general le gusta que las tinas se llenen bien temprano, con la primer agüita de la mañana, tan fresca y rica". Después baldea el patio de atrás de la casa, y se pone a barrer con la escoba de pichanas la tierra recién húmeda. La señora le ha dado una que compró en el pueblo, pero ella prefiere la de pichanas, que barre mucho mejor.

A las ocho se levantan los patrones. El general se sienta en la galería que mira a la loma. Se mece en su hamaca y desde allí mira el ir y venir de peones y animales, mientras la Negra le ceba unos amargos.

Después me visita. Se para a mi sombra y contempla mi ramaje escrutando frutos. Cuando los encuentra se llena de alegría y día tras día, en su diaria visita controla su crecimiento y maduración.

A mí también me gusta mirarlo cuando pasea en compañía de su bastón. Posiblemente tengamos mucho en común. Mi amigo no es alto, como tampoco lo soy yo. Su estampa es algo rugosa y maciza como la mía; pero dentro de esa impresión un poco adusta, guarda una dulzura muy parecida a la de mis frutos. Sus ojos, de recia mirada a fuerza de mandar, saben hacerlo con la ternura con que mis ramas cobijan su cuerpo del sol estival.

Ama a todas sus plantas. Pero a pesar de que alguien dijo de mí, que soy "áspera y fea", él me prefiere.

Desde donde estoy observo toda la parte posterior de la casa, y me gusta hacerlo. Me siento vivir en cada uno de los que la habitan.

A media mañana, los chicos pasan camino al arroyo cargados de gorros y baldes. Los veo volver más tarde con los cachetes rojos de sol y las barrigas deseosas de comida.

Las muchachas trajinan en la cocina y el barullo de ollas y cacharros me llega mezclado con el incansable parloteo de las catas.

Pero ahora es hora de siesta y la casa se sumerge en una mansa quietud.

La tierra exhala perfumados vapores, y los rayos del sol estallan en colores sobre las piedras de la pirca. A un lado, cuatro zarzos repletos de orejones, higos y descaroizados dormitan arrullados por el zumbido de algunas abejas zumbonas.

Cuatro caritas ávidas de aventuras contemplan mis ramas.

—¡Subite—! ordena el chico.

—No, el abuelo no quiere— contesta el mayor.

—Pero si no te ve, ¡dale, que es un buque!

Siento el pie sobre mi tronco que apenas se estremece a su contacto. La mano toma mi rama más baja y ¡up!, ya está arriba el chiquitín.

—Vení que te ayudo.

—¿Y si me caigo?

—No seas tonta, subí, ¡dame la mano!— gritó el de arriba.

La chica pone un pie en mi tronco y hace un envión.

—Ya está, ponete en ésta— agregó, indicándole otra de mis ramas.

—Ahora te toca a vos— dice el que está abajo a la chica de las trenzas negras. Después, de un salto, sube él.

—Ya estamos los cuatro en el buque y yo soy el capitán— dice el chico rubio.

—No juguemos a que son las casas, es más lindo. Que venían a mi casa a tomar el té— agrega la menor mientras corta cuatro higos y los coloca sobre cuatro hojas como si con ellos preparara una mesa.

Me gusta sentirlos. No me hacen daño; al contrario, me transmiten calor aunque a veces sus zapatillas lastiman mi corteza. Se mueven libremente sobre mi abundante ramazón, pasando de uno a otro de mis brazos más resistentes.

—El té está listo— dice la rubiecita. Y uno a uno comienzan a llegar los invitados sentándose a horcajadas, sobre la misma rama.

Fue en este momento cuando llegó la Negra corriendo.

—¡Cuidado chicos, el general!

Las manos se estiran buscando de donde asirse para bajar, y en el apuro las zapatillas del chico resbalan al pisar mi tronco. Salta la mano a prenderse de la rama vecina que cruje con un quejido profundo. Vuela en el aire un remolino de piernas, brazos, hojas y ramas que arrastran en su caída a los otros chicos. Remolino de chicos y árbol, de risas y de susto que toca el suelo donde la Negra, junto al general, los mira atónita, sin saber qué hacer.

Mi herida sangra en gotas de savia, mientras los

brazos fuertes levantan a la chiquilina de las trenzas negras. “Qué te has hecho, mi hijita?”. Y veo en los ojos enérgicos del general, en lugar del reproche por mi herida, la mirada dulcísima de un abuelo.

La Verbena

Esta historia ocurrió mucho antes de que yo naciera y tal vez antes de nacer tú. Pero que sí ocurrió estoy segura porque me la contó el viento al aullar en la quebrada. Ocurrió cuando el Valle se extendía ondulante, desprovisto de caminos y pueblitos. Cuando sólo los yuyos se mezclaban con ciertas hierbas salvajes o entretejían la maraña de algún monte de piquillines, talas o cocos. De tanto en tanto un molle trepaba la montaña áspera de pichanas. Pero la Píchica: Nunca los Comechingones, demasiado abruptos y escar-

pados. En ellos sólo se aventuraban mullidos manchones de musgo, creciendo entre las hojas allí donde la tierra filtraba alguna de sus vertientes.

El Valle estaba habitado por miles de criaturas que arrastraban su aburrimiento de siglos, como las iguanas. O se destruían implacables en el diario subsistir. (Como ves, criaturas parecidas a las humanas).

Y aquí comienza nuestra historia.

Había una vez..., pero no. No comencemos como un cuento porque la historia ocurrió. Recuerda que me la contó el viento.

"Corazón de Miel era su nombre" Claro que en quichua. Pero el viento no sabe quichua. Bien "Corazón de Miel era una niña dulce como lo dice su nombre. De una dulzura exquisita, sensible, alegre y que amaba el Valle con sus múltiples arroyos y ondulante verdor. Le gustaba cabalgar en pelo, como buena india que era, remontar las quebradas hasta lo más profundo y allí acurrucarse entre las hojas tibias o permanecer inmóvil sobre su potro. Otras veces prefería el arroyo. Entonces corrían sus piernas desnudas saltando las piedras hasta caer rendida, o sumergía su cuerpo en las heladas aguas.

Una de esas veces lo vió. Tendido sobre la arena. Su cuerpo al sol parecía una talla perfecta de algarrobo. Se aproximó despacio, temblando de miedo. El agua a su contacto se teñía de rojo. Pensó que estaba muerto...

Era un indio chibcha, estaba segura. Su tribu gue-

rraba en ese entonces contra las chibchas y ella había aprendido a odiarlos y temerlos.

Sintió un calor pastoso en las manos y se estremeció. Estaba de rodillas junto al hombre y sus manos sobre la herida trataban inútilmente de contener la sangre que continuaba manando. Vivía.

Corazón de Miel buscó hojas, hierbas, raíces y con ellas preparó compresas que alternadamente mojaba y colocaba sobre el pecho del herido.

El día se transformó en noche y la oscuridad fue dando paso a la nueva luz.

Abrió los ojos. Un cielo infinito giraba sobre él. Se incorporó. Sin duda la lucha había sido espantosa. ¿Pero dónde? ¿Cómo?—

Oía los gritos de guerra. Recordaba el olor de la sangre y del sudor mezclados con los ayes de los que caían en el fragor de la lucha. Después el dolor en el pecho y el galope enloquecido. Miró a su alrededor. Arena, piedras, un matorral que otro de yuyos entre el monte, y el arroyo lamien-do la tierra.

El crujir de la rama lo sobresaltó. Con seguridad algún enemigo estaba allí acechándolo. De un salto se precipitó sobre él, cuchillo en mano."

¿Conoces el Valle? Entonces tal vez las has visto crecer por todas partes. Rojas y dulces. Son gotas de su sangre que al caer se convirtieron en las pequeñas flores. Me lo contó el viento que vió a la niña india cabalgar con el cuchillo clavado en el pecho.

La Máquina del Tiempo

Luis Perales era un hombre diferente. Apareció un día como surgido de la nada y se quedó en aquel pueblito polvoriento, cargado de historia acurrucada entre una docena de casas por las que no parecía haber transcurrido el tiempo. Renca tiritaba bajo la escarcha de Julio cuando se instaló en la casa frente al almacén. Era una vieja casona. En el patio del fondo, la parra tren-

zaba sarmientos en los que el verano colocaba apretados racimos.

Luis era buen mecánico, y en verano solía reparar los automóviles de los que pasaban para el dique. En invierno, cuando el trabajo era menor, pasaba gran parte de su tiempo armando extraños aparatos para los usos más diversos. Claro que la mayoría de las veces, sus inventos no servían más que para aplastarle algún dedo o convertirse en tema de burlas para sus amigos. Pero Luis poco caso hacía de ellas, y con un "ya verán ustedes cuando la tenga", daba por terminada la cuestión. ¿Qué pasaría?, se había preguntado hacía algún tiempo, si pudiera fabricar un gran reloj en el que las agujas se movieran al revés? Indudablemente las agujas tendrían que retroceder. Bien, si pudiera darle velocidad a las agujas, el tiempo echaría a correr para atrás. Cuando quisiera volver al presente, pondría en funcionamiento la máquina en sentido inverso.

Una noche, mientras la luna se reflejaba en el Conlara, las agujas comenzaron a moverse. Luis permanecía de pie sobre la pequeña tarima de madera.

Sobre su cabeza en la esfera, las agujas giraban cada vez a mayor velocidad. Después todo comenzó a dar vueltas en torno suyo, girando y girando sin parar. Los objetos a su alrededor aplastaron sus formas contra el suelo hasta desaparecer. El techo reventó en mil pedazos, y las paredes se hicieron cada vez más pequeñas. Un ruido sordo creció desde el fondo de la tierra y Luis, se sintió absorber por un negro embudo hacia el vacío. La claridad le obligó a abrir los ojos. A su alrede-

dor había sólo campo y cielo y un barullo de zor-zales que lo hizo reaccionar. Las agujas en la esfera estaban quietas. Luis bajó de la tarima y se echó a andar.

"¡Ah si me vieran!", pensó "Mi invento. La guita que me voy ha hacer".

Caminó hacia el río. El pueblo había desaparecido por completo. Hasta la iglesia de paredes agrietadas por los años, aún no existía. Creyó ver, a lo lejos, la silueta borrosa de algo que parecía ser una casa. Molles, talas, espinillos y pajabravas dificultaban su paso. La imagen se agrandaba o desaparecía detrás de alguna ondulación del terreno, hasta que sorpresivamente creció nítida y desmembrada ante sus ojos.

Era un caserío chico, tres ranchos y un corral de palos y cerco de tunas... A un lado del corral se erguía un corpulento tala, del que colgaban frenos, lazos y boleadoras.

Luis permaneció oculto detrás del ramaje. Bajo el alero de uno de los ranchos, sobre lo que parecía ser un banco de madera, cuatro hombres con ropa de milicos, interrumpían de tanto en tanto el silencio de la mañana con el resongo final de un mate.

—¡Y voz de ande has salido!— Oyó decir a sus espaldas.

—Yo esté..., bueno, mire... —contestó balbuceando Luis.

—¡Anselmo!— gritó el hombre dirigiéndose a uno de los que mateaba.

—Aver si me le mojan el garguero a éste pa' que pueda hablar.—

—¡Sargentooo!— se oyo gritar, al tiempo que aparecía sobre la cresta de una loma un jinete.—

—¡Sargento la indiada!—

Como astillas tras hachazo saltaron los que estaban sentados, Otros salieron de adentro de los ranchos, y fue tan grande la confusión de hombres, caballos, sables y boleadoras, que Luis en cuatro patas y como alma que se la lleva el diablo, jadeando, llegó hasta su máquina. Tan rápido como pudo la puso en funcionamiento. Las agujas comenzaron a moverse adquiriendo muy pronto velocidad.

—Más rápido —decía Luis para sus adentros—. Vamos maquinita, rápido— y la apuraba aún más. Tenía la sensación de ser el eje de un gigantesco trompo que giraba y giraba sin cesar, mientras convergían hacia él, como atraídas por un misterioso imán, imágenes y cosas que lo bombardeaban en una lluvia de tiempo que transcurría.. A su alrededor crecían paredes y misteriosamente el techo se instaló sobre su cabeza.

Las agujas aminoraron la marcha y poco a poco el trompo fue dejando de girar.... Luis miró a su alrededor. No, aquello no era su pieza. Contra una pared se apilaban desparramados toda clase de objetos. Tropezando con una pila de sillas salió... Un edificio de diez pisos lo saludó desde la vereda de enfrente y una magnífica avenida se abrió ante sus ojos. Espléndidos automóviles circulaban en todas direcciones por impecables calles asfaltadas, y a uno y otro lado, modernos edificios contrastaban sus estructuras de acero contra el diáfano cielo.

Luis atónito no supo que hacer. Su mirada incrédula chocó contra un cartel que pendía de un edi-

ficio contiguo. A duras penas leyó "MAÑANA 7 DE MARZO DEL AÑO 2003. INAUGURACION DE NUESTRA NUEVA PLANTA HIDROELECTRICA". Palideció.

—¡El año 2003!— exclamó. —Entonces... me pasé!— Tan rápido como pudo volvió sobre sus pasos.

—Bueno, menos mal que tengo la máquina— pensó. Intentó ponerla en marcha.

—¿Qué pasa? —se dijo—. ¡Las agujas no responden!, ¡ni se mueven!—

Y al tratar de forzar las agujillas, la máquina, como un títere cansado, se desmoronó ante él.

QUE fue culpa mía, no cabe duda. Lo sé hoy, después de treinta años, cuando en la soledad de alguna noche o en la claridad de mis neblinas siento el agujonear de la conciencia. Lo sé, cuando en mis sueños o vigiliass veo sus ojos negros, redondos, dulzones, opacos de llanto; mirarme desde una oscuridad casi sin límites. Y lo supe antes, después de aquel entonces, cuan-

do mi paso inseguro rehuía caminos andados en un ayer recién acontecido.

Lo supe siempre después de aquel verano, en mis otros veranos vacíos de sol.

Mi padre manejaba el auto con una mezcla de dominio y desgano que solía divertirme. Recorríamos kilómetros asfaltados hasta desembocar en aquel camino polvoriento, dibujado de huellas muchas veces, que mi padre devoraba con la misma seguridad con que había doblegado la Ruta Número 8.

Y así llegábamos a la Villa, apretado ramillete de casas a lo largo de la herida profunda de la quebrada de las Cortaderas.

Yo tenía en aquel tiempo unos cinco años. Dormía todo el viaje acurrucado en el asiento posterior, donde mi madre me improvisaba una confortable cama, entre almohadones y frazadas. Recién despertaba al llegar a los arroyos. Me apasionaba cruzarlos, entre recodos de montes y tortuosidades del camino que corría en un continuo bajar y subir de pendientes erizadas de piedras.

Llegábamos en una nube de polvo y bocinazos, mientras alguno de los peones corría solícito a abrirnos el portón.

Yo inundaba mis pupilas de verdes, de rojos, violetas y amarillos de las piedras del gigante. Cabritos y burros, ladrar de los perros y toda aquella conjunción de maravillas que me invitaban a la aventura. Depositaba mis piernas fatigadas de quietud sobre la tierra, y me ponía a correr en torno a la casa, dando gritos de alegría y soportando los besos húmedos y pastosos de tías y primos. Entraba en el gallinero ávido por acariciar los ti-

bios pompones amarillos, mientras Lola u otra de las muchachas me sujetaba la bataraza. Correteaba la quinta o irrumpía en la casa tropezando valijas, en medio del trajinar de todos.

Y a un costado del mundo, veía sus ojos mirándonos desde la más profunda de las tristezas.

Era dos años mayor que yo aunque por su aspecto parecía menor. Su cuerpo raquítico, aprisionado dentro de una camisa estrecha, el pantalón deshilachado y las alpargatas desflecadas, se ocultaba detrás de alguna pared. Jadeante, permanecía mudo observando todo, desde la oscuridad de su incompreensión.

Había trepado el camino a la carrera en persecución de nuestro automóvil.

Recuerdo que en una oportunidad mi padre detuvo la marcha e insistió en llevarlo con nosotros hasta la casa, pero el Negrito meneó la cabeza y echó a correr en compañía de los perros junto a la rueda.

De vez en cuando movía afirmativa o negativamente la cabeza según la pregunta, o estiraba su mano ante la ofrenda de ropa o alimentos. Luego desaparecía tan rápido como había surgido.

Transcurrían los días y noches repletos de juegos y estrellas. De incursiones en el monte y cabalgatas en burro. De zambullidas de espuma y duraznos con sabor a sol.

De tanto en tanto se lo veía aparecer por la casa con su acostumbrado bagaje de necesidad. Mi madre se lo llevaba a la cocina y ante rebosantes platos de mazamorra lograba sonsacarle alguna palabra. Fue así como se enteró que el chico vivía sólo en compañía de un viejo borracho; que la

mayoría de las veces solía distraer el hambre del pequeño con vasos de vino.

Desde entonces el Negrito vino prácticamente a pasar el verano con nosotros.

Mamá lo sumergía en la bañera y le sacaba la mayor cantidad posible de alimañas, que el desnutrido cuerpo del muchacho se empeñaba en conservar.

Lo vestía con mis camisas y hasta llegó a ponerle aquellos queridos pantalones de vaquero que me regaló el tío Julio. Le compraron zapatillas nuevas y una linterna verde, que me gustó desde el momento en que la vi. Cuando le dije a mi padre que quería una igual, se rió, me palmecó el hombro y dijo: "¿Para qué querés una linterna Ismael?, si tu madre no quiere que salgas al campo solo en la noche."

Luego los oía conversar en los rincones y mencionar el nombre del Negrito, como antes mencionaban el mío.

Una mañana, al volver del arroyo, encontré mi cuarto dado vuelta. Traía una cantidad de renacuajos en un balde, con los que pensaba aumentar mi colección. Pero frasquitos y renacuajos habían desaparecido y en el lugar en que guardaba el cajón con mis tesoros, se encontraba una cama a punto de ser tendida.

Llorando corrí en procura de mi madre, a la que encontré en la cocina dándole de comer al Negrito.

Me dijeron que los renacuajos eran una porquería, que la mayoría ya había muerto y que en Buenos Aires me comprarían unos pecesitos de colores. Pero yo no escuchaba lo que mi madre decía porque

los ojos negros permanecían clavados en mi balde. A la tarde papá me invitó a caminar. Me gustaba caminar con mi padre y que me contara cosas de animales.

De vez en cuando disparaba algunos tiros con el Winchester y me prometía enseñarme a usarlo cuando fuera mayor. Pero aquella tarde mi padre se sentó en una piedra junto a mí y comenzó a hablarme del Negrito.

—"Pero si no estoy solo, papá; si..." Pero fue inútil. El Negrito vendría a Buenos Aires con nosotros. Aquella noche me sentí mal. Veía grandes renacuajos tomarme por las piernas y arrojarme en lo profundo del barranco. Luego caía en un hondo pozo cubierto de peras blandísimas, que penetraban en mi boca impidiéndome respirar.

En medio de vómitos y desvaríos oía a mi madre algo de cuarenta grados y la necesidad de buscar un médico.

Al cabo de un tiempo papá apareció en compañía de un señor con bigotes y una valija negra, que después de revisarme minuciosamente se lo llevó fuera de la habitación.

Durante toda la noche mi madre me prodigó mil cuidados y a la mañana muy temprano, envuelto en mantas, me introdujeron en el automóvil.

Así abandonamos la Villa aquel verano, sin acordarnos de la cabecita morena que desde su rincón, presencié nuestra partida sin atreverse a hablar.

Pasó tiempo sin que supiéramos nada del Negrito. Yo mejoraba lentamente de mi enfermedad cuando nos llegó la noticia.

Lo encontraron allí, al pie del barranco, con los brazos en cruz. Como un doliente Cristo de barro.

Las Dalías

“CONOCÍ a Lisandro en Mercedes, en donde nos reclutaron para hacer el servicio militar y desde el primer momento una corriente de simpatía nos unió.

A pesar de tener la misma edad, siempre experimenté hacia él, un especial espíritu paternal, y allí estaba mi mirada fuerte y decidida, pronta para socorrer al muchacho de los ojos ausentes.

Lisandro era casi de mi estatura pero su aspecto un tanto débil le daba un cierto aire de femineidad. Sus ojos serenamente claros contrastaban con el color cetrino de su piel; y sus manos delgadas, de dedos muy largos, parecían ser las manos de un concertista.

No era culto, por el contrario. Había nacido en Larca, un pueblito perdido al pie de los Comechingones, y allí había crecido entre cabras y telares. A los once años abandonó la escuela en tercer grado, para ayudar a su abuela, con quien vivía, en la confección de mantas y ponchos. Y sus pobres conocimientos de gramática y aritmética, fueron avasallados por los más rudimentarios en el arte de hilar.

A veces era desconcertante, y su mente sumamente lúcida, parecía sumergirse en un pantano brumoso de inseguridad.

Recuerdo cierto día en que estábamos haciendo unos ejercicios antiaéreos y nos habían hecho colocar cuerpo a tierra, agazapados detrás de unos montículos, prontos a vaciar nuestras armas en los presuntos atacantes. Lisandro se encontraba a pocos metros míos, tieso, con el fusil pegado a su cuerpo y con estupor comprobé que sollozaba. Nuestra amistad se acrecentó con el correr del tiempo, y terminado nuestro año de conscripción, cada uno volvió a ocupar su sitio en la vida. Yo me dirigí a Las Achiras, en donde me desempeñé como maestro en la escuela; y Lisandro volvió a Larca con el propósito de instalar un pequeño taller dedicado a la confección de tejidos regionales. Al principio nuestra relación se mantuvo confortada por un seguido intercambio epistolar. Pero

poco a poco las cartas de Lisandro fueron haciéndose más espaciadas y tuve la sensación de que algo raro iba gestándose en su espíritu. En la última carta me decía que se había casado con una mujer un tanto mayor que él, y creía leer entre líneas, que más que amor, lo que lo había unido a ella, era algo parecido a un sentimiento de sumisión, con una gran proporción de temor.

Pasó tiempo sin tener noticias suyas. Cierta noche, tuve un sueño que me intranquilizó. Veía dormir a mi amigo sobre un campo de flores carívoras y al ir en su ayuda, una lluvia de sangre caía sobre ambos...

Aterrado y sin aliento desperté.

Al poco tiempo aprovechando unos días de fiesta, y ante el absoluto silencio a mis requerimientos de noticias, resolví el viaje.

Llegué a Larca en las primeras horas de la tarde, el cielo, encapotado en gruesos nubarrones, le había robado al día de su acostumbrada luminosidad. Durante todo el camino había presenciado el desolador espectáculo de la sequía y aunque la proximidad de la tormenta podía estropear mi tournée, no dejaba de comprender la gracia que significaría la lluvia para esos campos calcinados por el sol.

—¿El Lisandro?, no don, el Lisandro se jue del pueblo —me dijo la mujer entreabriendo la puerta.

—Se lo ha llevao la Elena, vaya a saber uno pa' donde— afirmó haciendo un extraño movimiento con la mano, como si tratara de persignarse al pronunciar el nombre.

—Alomijor en el almacén le dicen ande— dijo al cerrar la puerta.

—La casa está a unos siete kilómetros pal' norte— dijo el almacenero, hombre corpulento y de aspecto bonachón.

—Del camino se divisa un montecito de talas y aisito nomás está el rancho, casi pegao al arroyo—. Después de una larga caminata y gracias a un paisano que en su sulky me levantó en medio del camino, llegué.

El rancho era casi una tapera, con sus paredes agrietadas y su alero desvensijado sostenido en una punta por una enorme horqueta de madera.

A su alrededor, la tierra reseca y resquebrajada, salpicada de tanto en tanto por manchones de yuyos quemados, contrastaba con un cuadrado de tierra oscura, en la que esbelto, y en apretado macizo, se erguía un cantero de dalias rojas.

Una mujer extremadamente alta salió a mi encuentro. Aunque delgada, sus hombros huesudos le daban aspecto de solidez. Las manos oscuras y rugosas sostenían un palo del que goteaba dulce... y un oscuro trapo color tierra ocultaba a medias la frente que terminaba repentinamente en un par de ojos opacos de mirar vacuno.

—¿Usted es Elena?— preguntó.

—Soy José Salinas, un amigo de Lisandro, ¿está él?— La mujer movió la cabeza negativamente, y ante mi pregunta de si vendría pronto, levantó los hombros y dijo casi para sí: "lo no sé". Sin saber qué hacer caminé hacia el arroyo. Un mísero hilito de agua corría por el fondo pedroso. Por todas partes la sequía había dejado su huella devastadora. Sólo el cantero de dalias, como un precioso rubí ponía una nota de vida en aquel arenal. Me aproximé. La tierra parecía recién removida

y diminutas gotas plateadas pendían de los pétalos de las flores.

—Mejor se vá, el Lisandro di seguro que no viene y la tormenta ya está sobre las casas— dijo la mujer.

De un salto me enderecé, sorprendido por la energía de su voz; y antes de que atinara a decir algo, un trueno ronco como un derrumbe, hizo estremecer la tierra.

El agua no tardó en caer, si bien al principio fueron enormes gotas espaciadas, pronto se convirtieron en el más recio chaparrón.

A medio guarecer bajo el alero le pregunté—:

—¿Puedo quedarme aquí doña?, vengo de lejos sabe, y no quisiera volverme sin ver a Lisandro—. Por toda respuesta la mujer dijo: —Dentre— y haciéndose a un lado dejó libre la entrada.

Inútiles fueron mis comentarios y preguntas para entablar conversación.

A todas contestaba con movimientos de hombros o de cabeza, o simplemente hacía como que no me escuchaba.

Pronto se hizo de noche y la lluvia parecía aumentar cada vez más su intensidad.

Elena prendió una lámpara de kerosene. Puso sobre un cajón, que hacía de mesa, un trozo de pan y una botella de vino y dijo:

—Quédese ahí si quiere, io me voy a dormir— y ante mi estupor desapareció en el oscuro rincón. La luz amarillenta de la lámpara, proyectaba sobre las paredes siluetas alucinantes.

La respiración acompasada de Elena me señaló que dormía. Sin saber por qué salí. Bajo los relámpagos las dalias parecían crecer, extendiendo

sus pétalos vigorosos hacia mí... Mi pie se hundió en la tierra removida, una luz azulina iluminó el mundo. Entonces lo ví, con sus ojos ausentes fuera de las órbitas, la boca entreabierta en un rictus de locura, y en la mano el puñal, que indiferente y helado se clavó repetidas veces en mi vientre. Y aquí estoy, Señor, ante Ti, mientras mi cuerpo yace bajo las dalias."

El Curamuelas

HABÍA dejado de llover. La Villa se desesperaba de su somnolencia con un murmullo de aguas crecidas y chicos que correteaban emponchados.

Tino permanecía sentado sobre la pirca. Las piernas le colgaban hacia el suelo. Uno, dos; uno, dos... decía mentalmente mientras movía las botas al compás. Quería ser militar. Le gustaban los

uniformes con dorado. Además, él iba a ser alto como los granaderos y fuerte como ese sargento que vio en la televisión. Y se la daría al Bocha que ahora era más grande que él y siempre le andaba pegando.

Por eso, cuando dejó de llover, corrió con las botas hasta donde estaba su madre.

—¿Me las pongo, mamá? Dale, así no me pasa la humedad. Me las pongo sobre las zapatillas para que no se salgan, ¿eh?

La madre había asentido y allá salió con las botas que le quedaban grandes y le pesaban como un kilo y medio, pero no importa, con ellas podía pisar sobre los charcos y meterse en el barro y jugar a los soldados.

Todo iba fenómeno hasta que empezó ese dolor en la cara. Primero fue un doloreito suave, más bien un cosquilleo, que le obligaba a pasar la lengua repetidas veces sobre el lugar. Después se convirtió en un pinchazo agudo, y poco a poco comprobó, con bastante susto, que el corazón se le había cambiado de sitio. El cachete le latía violentamente y Tino apretaba con fuerza su boca; no fuera a ser que en una de esas, ¡zas! afuera el corazón. Primero pensó en contarle a su madre. Pero ya sabía lo que ocurriría entonces. Lo llevarían a Merlo o Santa Rosa a ver al dentista y se acabarían las botas, los charcos y los soldados. Además, ya había estado en lo del dentista el año anterior y no era como para volver. Lo habían hecho sentar en un gran sillón que se volvió casi cama; lo pincharon con algo que le dejó la boca como si fuera de madera y, a pesar de sus patadas, los brazos no los podía mover porque se los

sujetaba la enfermera. El dentista le sacó la muela. No, mejor no le digo nada a mamá, se decía; ya casi no me duele.

Pero el dolorcillo continuaba. Y a pesar de sus juegos y empeño en disimular, la muela parecía ser más cabeza dura que él.

Tino dejó resbalar su cola sobre las piedras y llegó al suelo. Con un pañuelo se tapó un ojo, cortó una rama, le sacó las hojas, y blandiéndola como si fuera una espada, gritó: “¡Al abordaje!”, mientras saltaba sobre la madera que flotaba en medio del charco, era un pirata.

El combate duró unos minutos y al fin, la nave fue capturada.

Repentinamente se acordó. Le había oído decir a la Néstora que cerca de la Calera estaba el rancho del viejo que curaba las muelas “de palabra”. A lo mejor el viejo había sido pirata, o brujo, bueno, o cualquier cosa, pensó Tino, la cuestión es que me saque el dolor.

La senda se estiraba sorteando piquillines y matorrales de yuyos. El desborde de la acequia había dibujado la ladera con hilitos plateados que corrían en favor de la corriente.

Caminó un buen rato. Al otro lado de la loma lo vio. El rancho descansaba sus paredes recostándolas sobre la tierra.

Casi detuvo la marcha; bajo los árboles el viejo alimentaba unas gallinas.

—¡Fuera choco! —gritó Tino y ahuyentó a un perro plagado de garrapatas que ladrando le salió al encuentro. Después se paró delante del viejo.

—Me duele esta muela— dijo, metiéndose un dedo en la boca para señalar cual era.

El hombre levantó la cabeza, lo miró en silencio y sin decir nada comenzó a dibujar cuadrados en el suelo con la punta de un cuchillo. Luego, con el pie, hizo montoncitos de tierra sobre un costado, mientras decía palabras que al chico le era imposible entender.

—Mire pa' bajo, mi hijo, y después que yo tire el cuchillo, se me va dir derechito pa' delante todo lo que pueda. Dispués se me va pa' las casas sin andar mironeando, que yo me hei' de guardar el dolor.—

Y con fuerza arrojó el cuchillo que se clavó en medio del montón de tierra. Tino esperó unos minutos; con la cabeza agachada comenzó a caminar hacia adelante. A pocos metros, el tronco de un duraznillo le cortó el paso. Levantó la cabeza. A su alrededor las gallinas picoteaban sus propios excrementos. Hizo un gesto con la mano y dando saltitos volvió sobre sus pasos.

En el borde del cielo alguien había colgado rosados copos de algodón.

Con las botas en la mano, se las acababa de sacar porque le pesaban demasiado, Tino pensó que en lugar de ser soldado sería criador de gallinas y tendría, además, un montón de caballos y perros y toda clase de animales. Y al pensar en el perro pensó en las garrapatas y en el viejo y en la muela. Y se pasó la lengua por la encía, y se metió el dedo en la boca y buscó y comprobó que la muela había desaparecido.

Betelgueuse

Le parece imposible encontrarse nuevamente allí. Mira a su alrededor. Cada objeto le devuelve, desde su rincón, la imagen exactamente igual a la que perdura en su recuerdo. La banqueta continúa siendo amarilla. Y bajo los veladores, las carpetas tienen los mismos dobleces. Es como si el tiempo se hubiera detenido y que aquella vez volviera a ser esta vez, y todas la veces transcu-

rridas estuvieran reunidas allí, aguardándola. Camina hacia la ventana. Desde su languidez de otoño, Merlo se le ocurre una tarjeta postal. Su mirada escala el verde, trepa la roca y se colma de azul.

Entrecierra los ojos y dibuja el nombre besando letra por letra con ternura. Después las aprieta muy fuerte, las coloca todas adentro de una gigantesca O. Abre la ventana y la echa a rodar.

El viernes había caído nuevamente sobre Mendoza cargado de cansancios acumulados y proyectos para el fin de semana.

Eduardo levantó el auricular. Andrea estaría esperando su llamado desde temprano. Toda la mañana había estado por hacerlo, pero mil problemas llovieron sobre su empresa impidiéndoselo.

Encendió un cigarrillo.

—Larga distancia— La voz impersonal de la operadora lo sorprendió.

—Tunuyán 153, por favor señorita.—

A las cinco podría encontrarse con ella y luego tendrían todo el sábado y el domingo para los dos.

Andrea, su Andrea. Sonriendo ante él. Frágil, pura, salvaje. Y era Andrea quien latía en su pulso. Y Andrea que trepaba en el humo. Y Andrea que se anudaba en su garganta cuando la mujer respondió desde muy lejos.

—No señor, la señorita Estrada no ha dejado nueva dirección. Abandonó la pensión el martes sin dejar mensaje.—

El aire frío le chicoteó en la cara, y una ráfaga de

viento arremolinó las hojas que el otoño había desparramado sobre la ciudad.

Sin saber cómo se encontró dentro de su automóvil. Las manos aferradas al volante parecían descargar con fiera algo de su rabia. Flotaba en torno suyo el perfume de Andrea, o era Andrea misma que habitaba todo lo que había tocado o rozado con su piel, permaneciendo para siempre allí con la fuerza de su insignificante fragilidad.

Estaba seguro que lo que más le reprochaba Ana María era esa insignificante fragilidad. Ana María fuerte, elegante, hermosa en el comienzo de su madurez regalada con toda clase de bondades. Ana María exigiéndolo, arrastrándolo sin importarle sus pedazos diseminados, después de tantos años de lucha. Exigiéndole más y más. Contemplándolo como al marido que necesitaba para sobresalir, sin comprender lo que el hombre podía necesitar. Sin entender qué había encontrado Eduardo en esa insignificante muchacha que podía alejarlo de ella. Porque hubo amigos que vieron y comentarios que se echaron a rodar. Porque tenía que ser una puta, porque sólo “esas” se revuelcan con maridos ajenos, como le había gritado en la cara empujándose en su soberbia de mujer engañada.

El auto se deslizaba a gran velocidad, Recién se dio cuenta que hacía un buen rato que había dejado la ciudad.

¿Qué podría haber impulsado a Andrea a abandonarlo? Analizó cosa por cosa, palabra por palabra dicha en los últimos momentos y en todas descubriría el amor que ella era capaz de sentir e inspirar. Sintió rabia y celos. Cuántas palabras pronunciadas para otros, momentos compartidos con

otros antes de llegar a él. A él que a los cuarenta y seis años comprendía que la vida era algo más que manejar un último modelo y dejarse envolver por la vorágine de un mundo que exige cada vez más, sin importarle aplastar para subir.

El camino de tierra le obligó a disminuir la velocidad. Tenía que encontrarla. Algo dentro de su sangre lo impulsaba a seguir. Iba a encontrarla. Entonces la abrazaría fuerte, la apretaría contra su pecho y se la llevaría con él sin importarle el escándalo. Rompería de una vez las cadenas de algo que fue muriendo durante muchos años de incompreensión.

(Andrea permanece de pie frente al cuadrado de la ventana abierta). La letra salta, rueda, se agiganta. Estalla. Vuelve a ser nombre en sus labios. Y es Eduardo creciendo ante ella intacto en la nitidez de su recuerdo.

—¿Pensativa...? (le parece oír la voz que pregunta).

La fiesta había sido en lo de Cristina. En vano había hecho todo lo posible por integrarse al grupo. Se sentía distante. Tenía la impresión de encontrarse detrás de un grueso cristal que la aislaba de los otros. En la casa había una terraza. Salió.

—¿Pensativa...?— había dicho la voz a sus espaldas.

—En otra parte— había contestado.

—¿Dónde?—

Recién se había fijado en él, Tenía los ojos grises.

—Allá arriba— dijo y señaló la estrella.

Adentro los otros comenzaron a bailar. El dijo al-

go de Orión y del Centauro. Ella permaneció de pie sin decir nada.

Después vinieron los encuentros casuales hasta convertirse en encuentros sin casualidad. Y lo no casual dejó paso al amor, y el amor al deseo, y el deseo a la entrega. Y su soledad se fue poblando de presencias y en sus manos crecieron caricias. Y traspasó el cristal y amó la flor sin jardín. El azul sin horizonte. La llama sin hoguera. La gota sin vertiente.

El Hombre sin el hombre.

Pero vino el recuerdo y los pasillos grises ahogaron los besos de Eduardo, y los cantos de las mujeres de negro ataron sus manos y el llanto del Niño desnudo le impidió reír.

El azul se ha vuelto casi negro y en el cielo brillan las lucitas de los tucos. Andrea se mueve lentamente. Cierra la ventana, se dispone a salir.

Un último modelo clava sus faros en la entrada del hotel.

En el cielo una estrella se agiganta. Se llama Betelgeuse.

El Juicio Final

...Y que querés que haga, se me vinieron encima todos, como en tropel y empezaron a increparme cosas y a decirme que patatín y patatán y que qué me creía que si pensaba que era Dios, que con qué derecho tomaba las decisiones yo sola, que si me las daba de sabihonda y pretendía arreglar las cosas a mi manera, que si no había pensado alguna vez, en que ellos podrían no estar de acuer-

do, porque efectivamente no estaban de acuerdo, y entonces agarré y les dije: que se dejaran de pavadas, porque no eran nada más que invención mía, sin vida propia, ni cuerpos, ni nada, pero se pusieron a reír, ¿sabés? y sentí la carcajada que yo no había pensado y no quise escucharla, pero ahí estaban y escondí papel y birome, pero la seguía oyendo igual y guardé en el estuche la máquina de escribir y no valió de nada y cerré los ojos fuertes y apreté mis oídos con las manos y lo mismo seguían allí, vivos, latentes, estirando sus manos hacia mí, que yo no veía por estar con los ojos cerrados, pero que reconocía igual por su tacto, tamaño y humedad; y no tuve más remedio que abrir los ojos y mirarlos a la cara y empezaron a gritar de nuevo y entonces les dije: de a uno porque sino no entiendo nada; entonces Almada se bajó de la mula y tomó la palabra, comenzó a decir que yo era culpable y que con qué derecho lo había hecho cabalgar atado de pies y manos, que por qué le había fabricado una vida sin darle la oportunidad de vivir y Andrea con su voz serena quiso salir en mi defensa, pero la Dorothea no la dejó ni hablar gritando como loca, que a ella no la dejaba plantada nadie, que el Enzo iba a volver, porque yo era una tarada y no sabía nada de nada, entonces Encarnación le dijo que se callara la boca y que ella no le pensaba devolver al chico y que lo iba a hacer todo un hombre para que no le pasara lo mismo que al Negrito; pero se oyó la voz de Luis Perales, que desde lejos reclamó por su máquina descompuesta y yo le contesté que su máquina era un sueño y los sueños no vuelven, pero creo que no me entendió

porque siguió gritando que quería volver y no pude seguir explicándole porque los ocho chicos del cuadro me encerraron en una ronda y me pidieron a coro que los dejara en libertad, pero qué podía hacer yo si eran del cuadro y a él tenían que regresar; después oí la vocesita de Tino que me recriminaba por su dolor de muelas y entonces agarré y le dije que era cierto, pero que él había curado su dolor y que había sido soldado y pirata y tal vez ahora fuera bombero o piloto espacial, porque él vivía en cada chico, como la indiecita vivía en cada flor, como vivía el abuelo en el recuerdo y la higuera en todo árbol, como vivía Juan Cruz en todo aquel que abandona su camino para convertirse solamente en algo y vivía José Salinas en los que lloran para siempre su desconfianza bajo las dalias, como vivían todos dentro del Valle, con sus cuerpos sin carne, increpándome, insultándome, implorándome, queriéndome juzgar y yo te pido lector, la última palabra.

*A los que duermen para siempre allí,
A un jazminero en la veranda,
A los que habitaron la Emilia
A una noche de luna, cara al cielo,
Al recuerdo de un primo muy querido,
Al farolito encendido de algún tuco,
A una canción francesa, que cuelga de una rama,
A la Villa Elena,
A una serenata casi al amanecer,
A nosotros.*

INDICE

	<i>Página</i>
Prólogo	7
La cinta perdida	11
La vez que Victorio Almada bajó de la Cumbre	15
Metamorfosis	21
Dos mujeres	25
Mi herida	31
La verbena	37
La máquina del tiempo	41
El otro	47
Las dalias	53
El curamuelas	59
Betelguense	63
El juicio final	69

INDICE

1	Prólogo
11	La vida cotidiana
15	La vida que vivió el autor en la ciudad
16	Memorias
17	Los amigos
21	El padre
22	La madre
27	La infancia del tiempo
31	El hijo
32	Las 5 de la vida
33	El matrimonio
35	Reflexiones
36	El hijo

CUIDO DE ESTE LIBRO CON
TIERNA SOLICITUD
ADRIANA PAEZ MONTERO

SE TERMINO DE IMPRIMIR EN TALL. GRAF. **QUILA s.c.a.**,
SAN VICENTE 914, VILLA DOMINICO.

DICIEMBRE DE 1969